

BARACK OBAMA

Un mundo mejor para nuestros hijos

Discursos 2009-2016



DUOMO
NEFELIBATA



Barack Obama

Un mundo mejor
para nuestros hijos
Discursos 2009-2016

Traducción de Miguel Alpuente
y Gemma Deza

Barcelona, 2017

Índice

- Discurso inaugural del Presidente Barack Obama
- Discurso del Presidente sobre la reforma de Wall Street
- Discurso del Presidente en el Pentagon Memorial
- Discurso del Presidente en la ceremonia en memoria de las víctimas del tiroteo de Tucson, Arizona
- Declaraciones del Presidente sobre la muerte de Osama bin Laden
- Discurso del Presidente en la inauguración del monumento conmemorativo de Martin Luther King, Jr.
- Discurso del Presidente en la Convención Nacional Demócrata
- Discurso del Presidente en la noche de las elecciones
- Segundo discurso inaugural del Presidente Barack Obama
- Discurso del Presidente Obama en la Puerta de Brandeburgo
- Discurso del Presidente dirigido a la juventud europea
- Declaraciones del Presidente sobre el Estado Islámico
- Discurso del Presidente en la Cumbre sobre el Cambio Climático de la ONU
- Discurso del Presidente a la nación sobre la inmigración
- Discurso del Presidente con ocasión del 50 aniversario de las marchas de Selma a Montgomery
- Discurso del Presidente Obama al pueblo africano
- Declaraciones del Presidente sobre Irán
- Discurso del Presidente en la Convención Nacional Demócrata
- Discurso del Presidente Obama en la LXXI Sesión de la Asamblea General de las Naciones Unidas
- Declaraciones del Presidente sobre la victoria de Donald Trump
- Créditos

20 de enero de 2009
**DISCURSO INAUGURAL
DEL PRESIDENTE BARACK OBAMA**

*Capitolio de los Estados Unidos
Washington, D. C.*

Queridos conciudadanos:

Me presento hoy aquí con humildad ante la tarea que nos aguarda, agradecido por la confianza que me habéis otorgado, consciente de los sacrificios que hicieron nuestros antepasados.

Doy las gracias al presidente Bush por los servicios prestados a la nación [*aplausos*] y por la generosidad y la cooperación que ha mostrado durante el periodo de transición.

Hasta hoy, cuarenta y cuatro estadounidenses han prestado juramento presidencial. Las palabras que lo componen han sido pronunciadas en tiempos de torrencial prosperidad y cuando reinaba el agua mansa de la paz. Sin embargo, en ocasiones, el juramento ha debido prestarse entre nubes amenazadoras y violentas tempestades. En estos momentos, los Estados Unidos siguen perdurando no solo por la capacidad o la visión de sus mandatarios, sino porque nosotros, el pueblo, nos hemos mantenido fieles a los ideales de nuestros antecesores y a nuestros documentos fundacionales.

Así fue en el pasado y así debe seguir siendo con esta generación de estadounidenses.

Bien sabemos que estamos en medio de una crisis. Nuestra nación se halla en guerra contra una red de violencia y odio de muy amplio alcance. Nuestra economía se ha debilitado mucho como consecuencia de la avaricia y la irresponsabilidad de algunos, pero también por nuestra incapacidad colectiva a la hora de tomar decisiones difíciles y preparar a la nación para una nueva era. Se han perdido hogares, destruido puestos de trabajo, cerrado empresas. Nuestra sanidad es demasiado cara; nuestras escuelas defraudan las expectativas de demasiada gente, y cada día se hace más evidente que el modo en que consumimos energía refuerza a nuestros adversarios y supone una amenaza para el planeta.

Estos son los indicadores de la crisis, según los datos y las estadísticas. Menos medible, pero no menos profunda, es la pérdida de confianza en todo nuestro territorio; el inquietante temor de que

el declive del país resulte inevitable, de que la próxima generación deba rebajar sus miras de futuro.

Hoy os digo que los desafíos que tenemos ante nosotros son reales. Son graves, y muchos. No se resolverán fácilmente, ni en un corto periodo de tiempo. Pero que no te quepa duda, América: los resolveremos. *[Aplausos.]*

En este día, estamos aquí reunidos porque hemos elegido la esperanza y no el miedo, la unidad de propósito y no el conflicto y la discordia. En este día, venimos a proclamar el fin de las quejas mezquinas y las falsas promesas, de las recriminaciones y los dogmas caducos que durante demasiado tiempo han ahogado nuestra política. Seguimos siendo una nación joven. Pero, como dicen las Sagradas Escrituras, ha llegado la hora de dejar a un lado las cosas de niños. Ha llegado la hora de reafirmar nuestro ánimo infatigable, de elegir lo mejor de nuestra historia, de llevar adelante ese don preciado, el noble ideal transmitido de generación en generación: la promesa divina de que todos somos iguales, de que todos somos libres y merecemos la oportunidad de perseguir la mayor felicidad posible. *[Aplausos.]*

Al reafirmar la grandeza de esta nación, sabemos que la grandeza nunca es un regalo. Debemos ganárnosla. En nuestro viaje nunca ha habido atajos ni nos hemos conformado con menos de lo debido. No ha sido un camino para pusilánimes, para los que prefieren el ocio al trabajo, o para los que solo buscan los placeres de la riqueza y de la fama. Al contrario, han sido los que se arriesgan, los que actúan y construyen –algunos de ellos célebres, pero con mayor frecuencia hombres y mujeres de labor oscura– quienes nos han sostenido en la larga y dura senda hacia la prosperidad y la libertad.

Por nosotros, esas personas empaquetaron sus escasas posesiones y cruzaron océanos en busca de una nueva vida. Por nosotros, soportaron las peores condiciones de trabajo en las fábricas y colonizaron el Oeste, resistieron el restallido del látigo y araron la dura tierra. Por nosotros, pelearon y murieron en lugares como Concord y Gettysburg, Normandía y Khe Sanh.

Una y otra vez, aquellos hombres y mujeres lucharon, se sacrificaron y trabajaron hasta desollarse las manos para que nosotros tuviéramos una vida mejor. Para ellos, los Estados Unidos eran algo más grande que la suma de las ambiciones individuales, más grande que todas las diferencias por nacimiento, riqueza o ideología.

Ese es el viaje que continuamos hoy. Seguimos siendo la nación más próspera y poderosa de la Tierra. Nuestros trabajadores no son menos productivos ahora que cuando comenzó esta crisis. Nuestras

mentes no son menos creativas, nuestros bienes y servicios no resultan menos necesarios que la semana pasada, o que el mes o el año pasado. Nuestra capacidad no ha sufrido merma ninguna. Pero el tiempo del inmovilismo, de proteger los intereses de unos pocos y aplazar las decisiones ingratas, ese tiempo sin duda ha pasado. A partir de hoy, debemos levantarnos, quitarnos el polvo y comenzar de nuevo a reconstruir los Estados Unidos de América. *[Aplausos.]*

Porque allí donde miremos, hay trabajo que hacer. El estado de la economía exige medidas valientes e inmediatas. Y tomaremos esas medidas no solo para crear trabajo, sino para afianzar una nueva base de crecimiento. Construiremos las carreteras y los puentes, las redes eléctricas y líneas digitales que nutren el comercio y nos unen a todos. Le devolveremos a la ciencia el lugar que le corresponde, y emplearemos las maravillas de la tecnología para elevar la calidad de la asistencia médica y rebajar su coste. Aprovecharemos el sol y el viento y el suelo para alimentar los automóviles y hacer funcionar las fábricas. Y transformaremos las escuelas y las universidades para adecuarlas a las exigencias de una nueva era. Podemos hacer todo eso. Y lo haremos.

Ciertamente, hay quienes cuestionan la magnitud de nuestras ambiciones, quienes sugieren que nuestro sistema no es capaz de soportar demasiados grandes planes. Son personas de corta memoria, porque han olvidado lo que ya ha hecho este país, lo que los hombres y las mujeres libres pueden lograr cuando a la imaginación se le suma el propósito común, o a la necesidad, el valor. Lo que esos derrotistas no entienden es que el terreno que pisan ha cambiado, que las vetustas disputas políticas que nos han consumido durante tanto tiempo ya no son válidas hoy.

La pregunta que nos hacemos hoy no es si nuestro gobierno trata de hacer demasiado o demasiado poco, sino si realmente funciona: si ayuda a que las familias encuentren trabajo y ganen un sueldo decente, si les proporciona una sanidad que puedan pagar o una jubilación digna. En los ámbitos en los que la respuesta sea sí, intentaremos seguir mejorando. Cuando la respuesta sea no, se pondrá fin a esos programas. Y aquellos de nosotros que gestionamos los fondos públicos deberemos rendir cuentas: gastar con sensatez, reformar los malos hábitos y hacer las cosas a la vista de todos, porque solo así podremos restaurar la imprescindible confianza entre el pueblo y su gobierno.

Tampoco nos preguntamos si el mercado es una fuerza beneficiosa o perjudicial. Su capacidad de generar riqueza y extender la libertad es inigualable. Pero esta crisis nos ha recordado que si no lo

vigilamos muy de cerca, el mercado puede descontrolarse. La nación no es capaz de prosperar durante mucho tiempo si solo favorece a los que ya son prósperos. El éxito de nuestra economía siempre ha dependido no solo del tamaño de nuestro producto interior bruto, sino del alcance de nuestra prosperidad, de la capacidad de ofrecer una oportunidad a cada persona deseosa de dar lo mejor de sí misma; y ofrecérsela no por caridad, sino porque ese es el mejor camino hacia el bien común. *[Aplausos.]*

En cuanto a nuestra defensa común, rechazamos como falsa la disyuntiva entre nuestra seguridad y nuestros ideales. Nuestros Padres Fundadores *[aplausos]*... Nuestros Padres Fundadores, enfrentados a peligros que apenas si podemos imaginar, redactaron una carta para garantizar el imperio de la ley y los derechos del hombre, una carta ampliada con la sangre de las sucesivas generaciones. Aquellos ideales iluminan al mundo todavía hoy, y no renunciaremos a ellos por oportunismo. *[Aplausos.]*

Así pues, a todos los pueblos y gobiernos que hoy nos observan, desde las más grandes capitales hasta la pequeña aldea en la que nació mi padre, les digo que Estados Unidos es amigo de cada nación, de cada hombre y mujer y niño que anhela un futuro en paz y una vida digna. Y que nosotros estamos preparados para servir de guía en ese empeño. *[Aplausos.]*

Recordad que las generaciones precedentes se enfrentaron al fascismo y al comunismo no solo con misiles y tanques, sino con sólidas alianzas y convicciones imperecederas. Ellos entendieron que nuestro poderío, por sí solo, no basta para protegernos, y que tampoco nos da derecho a hacer lo que queramos. Sabían que ese poderío es mayor si lo usamos prudentemente, que nuestra seguridad emana de la justicia de nuestra causa, de la fuerza de nuestro ejemplo y de la templanza de cualidades como la humildad y la contención.

Nosotros somos los depositarios de ese legado. Guiados una vez más por esos mismos principios seremos capaces de superar las nuevas amenazas que nos exigen un mayor esfuerzo, más cooperación y más entendimiento entre las naciones. De modo responsable, dejaremos Irak en manos de su pueblo y forjaremos una paz duramente ganada en Afganistán. Junto con viejos aliados y antiguos enemigos, trabajaremos sin desmayo para reducir la amenaza nuclear y hacer que retroceda el fantasma del calentamiento global.

No vamos a pedir disculpas por nuestro modo de vida, ni vacilaremos en defenderlo. Y a aquellos que pretenden alcanzar sus objetivos sembrando el terror y asesinando inocentes, les decimos ahora

que nuestro espíritu es más fuerte y no puede quebrarse: no perderéis más que nosotros, y os derrotaremos. *[Aplausos.]*

Porque sabemos que en nuestra herencia plural hay fuerza, no debilidad. Somos una nación de cristianos y musulmanes, de judíos e hindúes, y de no creyentes. Nos han modelado lenguas y culturas procedentes de todos los rincones de la Tierra; y porque hemos probado el amargo sabor de la guerra civil y la segregación, y emergido tras ese amargo capítulo más fuertes y unidos, solo podemos creer que los viejos odios pasarán algún día; que las fronteras entre las tribus se disolverán pronto; que a medida que el mundo se hace más pequeño, nuestra común humanidad quedará de manifiesto; y que los Estados Unidos deben cumplir su papel para marcar el inicio de una nueva era de paz.

Al mundo musulmán: os digo que buscamos una nueva vía de futuro basada en el interés y respeto mutuos. A los líderes de cualquier lugar del mundo que pretenden sembrar la discordia, o culpar a Occidente de los males de su sociedad, les digo esto: vuestro pueblo os juzgará por lo que seáis capaces de construir, no por lo que destruyáis. *[Aplausos.]*

A aquellos que para aferrarse al poder se valen de medios corruptos y engañan y silencian cualquier voz discrepante: sabed que estáis en el lado equivocado de la historia, pero que os tenderemos la mano si estáis dispuestos a abrir el puño. *[Aplausos.]*

A las gentes de las naciones pobres: nos comprometemos a trabajar codo con codo para lograr que vuestras granjas florezcan y las aguas fluyan limpias, a alimentar los cuerpos desnutridos y las mentes hambrientas. Y a aquellos países como el nuestro que gozan de una relativa abundancia, les decimos que ya no podemos permanecer indiferentes al sufrimiento que existe más allá de nuestras fronteras, ni podemos seguir consumiendo los recursos del planeta sin preocuparnos por las consecuencias. Porque el mundo ha cambiado y nosotros debemos cambiar con él.

Mientras calibramos el cometido que se nos presenta en el futuro, recordamos con humilde gratitud a aquellos valerosos compatriotas que en este mismo instante patrullan por lejanos desiertos y montañas remotas. Tienen algo que decirnos, del mismo modo que los héroes caídos que descansan en Arlington nos susurran a través del tiempo.

Les rendimos homenaje no solo porque sean los guardianes de nuestra libertad, sino porque ellos encarnan el espíritu de sacrificio, la voluntad de hallar significado en algo mayor que ellos mismos. Y, sin embargo, en este momento, un momento que definirá una ge-

neración, es precisamente ese espíritu el que debe habitar en todos nosotros. Porque, por mucho que el Gobierno pueda hacer, y debe hacer mucho, en última instancia es la fe y la determinación del pueblo estadounidense lo que sustenta a esta nación. Es la bondad para acoger al extraño cuando se rompen los diques, o la generosidad de los trabajadores que acortan sus jornadas laborales para que un compañero no pierda el trabajo: eso es lo que nos hace superar nuestros peores momentos. Es el valor del bombero que se precipita por unas escaleras llenas de humo, pero también la voluntad de los padres de alimentar a su hijo; son ese tipo de cosas las que finalmente deciden nuestro destino.

Quizá los retos que nos aguardan sean nuevos. Quizá lo sean también los instrumentos que emplearemos para superarlos. Pero los valores de los que depende nuestro éxito —la honradez y el esfuerzo, la valentía y el juego limpio, la tolerancia y la curiosidad, la lealtad y el patriotismo—, esos principios son antiguos. Y son algo real. Han constituido una serena fuerza de progreso a lo largo de nuestra historia.

Lo que ahora se requiere, por tanto, es volver a esas verdades. Lo que se requiere de nosotros es una nueva era de responsabilidad, que todos y cada uno de los estadounidenses reconozcamos que tenemos deberes para con nosotros mismos, nuestra nación y el mundo; deberes que no aceptamos de mal grado, sino que asumimos gustosamente, porque tenemos la firme convicción de que nada hay más satisfactorio para el espíritu, o que defina mejor nuestro carácter, que dar lo mejor de nosotros frente a una tarea difícil.

Este es el precio y la promesa que entraña ser ciudadano. Esta es la fuente de la que emana nuestra confianza: del convencimiento de que Dios nos pide que marquemos el rumbo en un destino incierto. Este es el significado de nuestra libertad y nuestro credo, la razón de que hombres, mujeres y niños de todas las razas y religiones puedan reunirse en común celebración en este magnífico parque del Mall; y la razón de que un hombre a cuyo padre quizá no le habrían servido en los restaurantes locales hace menos de sesenta años pueda ahora presentarse ante vosotros para prestar el más sagrado de los juramentos. *[Aplausos.]*

Señalemos, pues, este día con el recuerdo de quiénes somos y de lo lejos que hemos llegado. El año del nacimiento de los Estados Unidos, en el mes más frío, un puñado de patriotas se apretaban alrededor de hogueras medio apagadas a orillas de un río helado. La capital estaba abandonada. El enemigo avanzaba. La nieve estaba manchada de sangre. En el momento en que el resultado de nues-

tra revolución era más incierto, el padre de nuestra nación ordenó que se leyeran estas palabras al pueblo: «Cuéntese al mundo verdadero... que en lo más crudo del invierno, cuando lo único que podía sobrevivir eran la esperanza y la virtud... la ciudad y el campo, alarmados ante un peligro común, salieron a hacerle frente».

América: ante los peligros comunes de hoy, en este invierno de adversidad, recordemos estas palabras intemporales. Con esperanza y virtud, hagamos de nuevo frente a las corrientes heladas y resistamos las tormentas futuras. Que los hijos de nuestros hijos puedan decir que, cuando fuimos puestos a prueba, nos negamos a dar por zanjado este viaje, que no nos dimos la vuelta ni flaqueamos; y que, con los ojos puestos en el horizonte y la gracia de Dios en nosotros, seguimos llevando adelante el gran regalo de la libertad y lo entregamos sano y salvo a las generaciones futuras.

Gracias. Dios os bendiga. Y Dios bendiga a los Estados Unidos de América. *[Aplausos.]*

22 de abril de 2010

DISCURSO DEL PRESIDENTE SOBRE LA REFORMA DE WALL STREET

*Cooper Union College,
Nueva York, Nueva York*

EL PRESIDENTE: Muchas gracias. Por favor, tomen todos asiento. Muchas gracias. Gracias. Es una alegría volver. *[Aplausos.]* Es una alegría volver a Nueva York y a este salón de actos de la Cooper Union. *[Aplausos.]*

Nos acompañan algunos invitados especiales a los que me gustaría dar las gracias. La congresista Carolyn Maloney está presente en la sala. También el gobernador David Paterson. *[Aplausos.]* El fiscal general Andrew Cuomo. *[Aplausos.]* El fiscal de cuentas del Estado de Nueva York, Thomas DiNapoli. *[Aplausos.]* El alcalde de la ciudad de Nueva York, Michael Bloomberg. *[Aplausos.]* George Campbell, Jr., rector de la Universidad Cooper Union. *[Aplausos.]* Y todos los cargos públicos de la ciudad aquí presentes. Muchas gracias por asistir a este acto.

Es maravilloso estar de vuelta en la Cooper Union, donde generaciones de líderes y ciudadanos han defendido sus ideas y discutido sus diferencias. También me alegra estar de vuelta en el Bajo Manhattan, a pocas manzanas de Wall Street. *[Risas.]* Es de verdad un placer regresar aquí, porque Wall Street constituye el corazón del sector financiero de la nación.

Ahora bien, desde la última vez que hablé en este lugar, hace dos años, nuestro país ha experimentado terribles sufrimientos. Más de ocho millones de personas han perdido su trabajo. Son incontables los pequeños negocios que han debido cerrar sus puertas. Se han perdido billones de dólares en ahorros, lo que ha obligado a que trabajadores veteranos aplacen su jubilación, a que los jóvenes pospongan su entrada en la universidad o a que los emprendedores renuncien a su sueño de fundar su propia empresa. Y, como nación, nos hemos visto obligados a adoptar medidas sin precedentes para rescatar el sistema financiero y el conjunto de la economía.

Como resultado de nuestras decisiones –algunas de las cuales, admitámoslo, han sido muy impopulares–, empezamos a vislumbrar signos esperanzadores. Hace poco más de un año, perdíamos una

media de 750.000 trabajos al mes. Hoy, en Estados Unidos se crea de nuevo trabajo. Hace un año, nuestra economía menguaba con rapidez. Hoy la economía crece. De hecho, hemos asistido a la más rápida reactivación del crecimiento económico en casi tres décadas.

Pero si ustedes y yo estamos hoy aquí es porque queda más trabajo por hacer. Hasta que estos avances sean perceptibles no solo en Wall Street sino también en la calle, no podemos darnos por satisfechos. Hasta que no encuentren trabajo los millones de conciudadanos que lo buscan, y hasta que los salarios no crezcan a un ritmo significativo, quizá podamos hablar de una recuperación técnica, pero esa recuperación no será real. No solo eso, sino que mientras tratamos de reactivar la economía, tenemos el deber de reconstruirla más sólidamente que antes. No deseamos una economía con las mismas debilidades que condujeron a esta crisis. Eso implica, en primer lugar, que debemos abordar algunos de los problemas subyacentes que tantos estragos y tantas convulsiones han causado. Sabemos que uno de los factores que más ha contribuido a esta recesión ha sido la más grave crisis financiera que hayamos conocido en muchas generaciones, al menos desde la década de los treinta. Esta crisis tuvo su origen en una falta de responsabilidad –que empieza por Wall Street y llega hasta Washington– que hizo caer a muchas de las más grandes entidades financieras del mundo y que casi arrastra nuestra economía a una segunda Gran Depresión.

Se trata de la misma falta de responsabilidad a la que me referí cuando vine a Nueva York hace más de dos años, cuando lo peor de la crisis todavía estaba por llegar. Fue en el año 2007. Y para mí no es ninguna alegría constatar que mis comentarios de entonces se vieran en gran medida confirmados por los acontecimientos que siguieron. Pero repito lo que dije entonces, puesto que es esencial que extraigamos las lecciones pertinentes de esta crisis, para que no nos veamos abocados a repetirla. Porque nadie debe llamarse a engaño: eso es exactamente lo que ocurrirá si dejamos escapar este momento, y un desenlace semejante es inaceptable para mí y también para ustedes, que son el pueblo de los Estados Unidos. *[Aplausos.]*

Como dije en este mismo escenario hace dos años, creo en las capacidades del libre mercado. Creo en un sector financiero fuerte que ayude a que la gente obtenga capital y préstamos e invierta sus ahorros. Es parte de lo que ha hecho a Estados Unidos lo que es hoy. Pero el libre mercado nunca ha consistido en la libre licencia para coger todo lo que puedas y de la manera que puedas. Y eso fue lo que ocurrió demasiado a menudo en los años que precedie-

ron a esta crisis. Hubo algunos en Wall Street –no todos, quiero dejarlo claro– que olvidaron que tras cada dólar negociado o apalancado hay una familia que quiere comprar una casa, pagar una educación, abrir un negocio o ahorrar para la jubilación. Lo que sucede en Wall Street tiene consecuencias reales para todo el país, para toda nuestra economía.

Ya he mencionado antes la necesidad de construir unos nuevos cimientos para el crecimiento económico del siglo xxi. Y, dada la importancia del sector financiero, la reforma de Wall Street constituye una parte absolutamente crucial de esos cimientos. Si no se lleva a cabo, nuestra casa seguirá asentada sobre arenas movedizas, y nuestras familias, nuestros negocios y la economía global serán vulnerables a las crisis futuras. Por ello, creo muy sinceramente que necesitamos introducir un conjunto de normas modernas y racionales para garantizar la transparencia de Wall Street y proteger a los consumidores en nuestro sistema financiero. *[Aplausos.]*

Pues bien, esta es la parte buena: ya se ha aprobado un exhaustivo plan de reformas en la Cámara de Representantes. *[Aplausos.]* Una versión del Senado se está debatiendo actualmente, a partir de las ideas de demócratas y republicanos. Ambas propuestas de ley representan una mejora significativa de las imperfectas regulaciones en vigor hoy, a pesar del violento empeño de los grupos de presión del sector para modelar esta legislación de acuerdo con sus intereses particulares.

A aquellos de ustedes que pertenezcan al sector financiero les digo: estoy seguro de que algunos de estos *lobbies* trabajan para ustedes y que están haciendo aquello para lo cual se les paga. Pero he venido expresamente –y hablo a los gigantes del sector aquí presentes– para instarles a que se unan a nosotros en lugar de combatirnos en este empeño. *[Aplausos.]* He venido porque creo que, en definitiva, estas reformas son no solo las que mejor sirven a nuestro país, sino también las que mejor servicio rinden al sector financiero. Y he venido para explicar cómo será esa reforma y por qué es importante.

Para empezar, el proyecto de ley que se está debatiendo en el Senado introduciría algo que no hemos tenido antes: un mecanismo para proteger el sistema financiero, el conjunto de la economía y a los contribuyentes estadounidenses, en el caso de que una gran entidad financiera empezara a tener dificultades. Si ocurre de nuevo algo como lo de Lehman o AIG, ¿hay alguna forma de responder que no sea cargar el pago a los contribuyentes o, como única alternativa, asistir al hundimiento de todo el sistema?

En cualquier banco corriente, cuando se está llegando a una situación de insolvencia, existe un procedimiento pautado que pone en ejecución la Corporación Federal de Seguro de Depósitos, un procedimiento mediante el cual se asegura la protección de los depositantes y se mantiene la confianza en el sistema bancario. Y funciona. Los clientes y contribuyentes están protegidos, y los propietarios y los directivos pierden su capital. Pero no disponemos de un procedimiento de este tipo que sea capaz de contener la quiebra de Lehman Brothers o de cualquiera de las más grandes y más interconectadas entidades financieras del país.

Por esa razón, cuando empezó la crisis, decisiones cruciales sobre lo que ocurriría con algunas de las empresas más grandes del mundo –compañías con decenas de miles de empleados y cientos de miles de millones de dólares en activos– hubieron de tomarse en debates apresurados a altas horas de la noche. Y, por esa razón también, para salvar la economía de una catástrofe todavía mayor, tuvimos que hacer uso del dinero del contribuyente. Ahora bien, gran parte de ese dinero ya ha sido devuelto y esta Administración ha propuesto que las grandes entidades financieras paguen una tasa para recuperar todo el dinero, hasta el último centavo, porque es incuestionable que al pueblo estadounidense nunca se le debería haber colocado en esa situación. *[Aplausos.]*

Y esa es la razón de que necesitemos un sistema que nos permita cerrar esas entidades con el mínimo daño colateral para las personas y empresas inocentes. Desde el principio, he insistido en que debería ser el sector financiero, no los contribuyentes, el que asumiera el coste cuando quiebra una gran entidad financiera. El objetivo es garantizar que nunca más sea el contribuyente quien haya de pagar el pato, solo porque se considere que una empresa es «demasiado grande para quebrar».

Pues bien, ahora mismo existe un legítimo debate sobre cuál sería la mejor manera de garantizar que los contribuyentes no salgan perjudicados en este procedimiento. Y se trata de un debate legítimo que yo mismo aliento. Pero lo que no es legítimo es sugerir que la legislación que se está proponiendo fomentará futuros rescates a cargo del contribuyente, como aseguran algunos. Tal afirmación funciona como titular sensacionalista, pero no se ajusta a los hechos. No es verdad. *[Aplausos.]* En realidad, es el sistema que tenemos hoy... es el sistema que tenemos hoy el que ha conducido a una serie de cuantiosos rescates muy caros para el contribuyente. Y solo una reforma nos permitirá evitar que algo similar suceda en el futuro. En otras palabras, votar por la reforma es votar para poner

fin a los rescates a cargo de los contribuyentes. Esa es la verdad. Y no hay más. Y nadie debe dejarse engañar en este debate. *[Aplausos.]*

A propósito, estos cambios poseen el beneficio adicional de crear incentivos en el sector, para así garantizar que ninguna empresa amenace con hundir toda nuestra economía. A tal fin, la propuesta de ley también dará fuerza legal a lo que se conoce como regla Volcker, y hay un tipo alto ahí sentado en la primera fila, Paul Volcker *[aplausos]*, responsable de que la llamemos así. Esta regla hace algo muy simple: establece límites para el tamaño de los bancos y para el tipo de riesgos que pueden asumir las instituciones bancarias. Eso no solo actuará como salvaguarda de nuestro sistema frente a las crisis, sino que también hará que el sistema sea más sólido y competitivo, al infundir mayor confianza tanto en nuestro país como en el resto del globo. Los mercados dependen de la confianza. En parte, la conmoción de los pasados dos años se produjo porque, ante la falta de una regulación clara y de buenas prácticas, la gente no confió en que nuestro sistema fuera seguro para invertir y prestar. Como hemos visto, eso nos perjudica a todos. Así que al aprobar estas reformas, ayudaremos a que nuestro sistema financiero —y nuestra economía— siga siendo la envidia del mundo. Eso es lo primero, asegurarnos de que podemos extinguir una empresa si esta se ve en apuros, sin tener para ello que hundir todo el sistema u obligar a que los contribuyentes paguen el rescate.

En segundo lugar, la reforma proporcionaría una mayor transparencia a muchos mercados financieros. Como es sabido, uno de los factores que condujo a esta crisis fue que entidades como AIG y otras se comprometieron enormemente en operaciones de alto riesgo, valiéndose de derivados y otros complicados instrumentos financieros de un modo que desafiaba toda transparencia e incluso el sentido común. En realidad, muchas prácticas eran tan opacas, tan embrolladas y complicadas, que el propio personal de las entidades no las entendía, y mucho menos aquellos encargados de supervisarlas. No eran plenamente conscientes del enorme volumen de las operaciones realizadas. Por eso Warren Buffett describió los derivados creados y vendidos con escasa supervisión como «armas financieras de destrucción masiva». Así los llamó. Y por eso la reforma controlará los excesos y ayudará a garantizar que este tipo de transacciones se efectúen con la máxima transparencia.

Ciertamente, estos cambios han suscitado una gran preocupación. Así que me gustaría repetirlo: estos instrumentos financieros tienen legítima cabida en nuestra economía. Pueden ayudar a ate-